

EL DEFENSOR DEL OBRERO

ESCENAS SOÑADAS

Cartagena despierta :--: Discurso elocuente

Ante numeroso y distinguido público comienza de este modo el joven propagandista:

«El Catolicismo en Cartagena»

Señoras y señores: Era una mañana de abril, el mes de las flores; de ese mes cantado por todos los poetas, en que la naturaleza parece como que despierta del letargo en que los fríos del invierno la tenían sumida y resurge con el vigor que presta a la savia de sus árboles y plantas que se van cubriendo de hojas que alegran la vista y flores que embalsaman el ambiente, a modo de cortesanías que se engalanan para recibir al poético Mayo que se presenta como un rey que viene derramando dones, porque en su corto reinado modulan las aves con su cantar sabroso no aprendido, y son cadenciosos los rumores de todos los arroyos, verdes y floridas todas las praderas, dulcísimos los trinos de todos los ruiseñores, suaves y olorosas todas las auras, mansas y cristalinas todas las corrientes de ese mes florido consagrado a la Reina de los cielos bajo la advocación de la Madre del Amor Hermoso.

Era una mañana de Abril. Una ocasión extraordinaria y solemne había reunido en cierta iglesia a gran número de fieles de distintos campos políticos. Yo contemplaba el cuadro y me decía refiriéndome a la Eucaristía que brillaba en el Altar: Aquí está la verdad, porque aquí está Dios. Y luego me decía, (pasando de los hombres a las ideas por ellos defendidas); en estos partidos extremos, radicales, que se han separado de la Eucaristía, de ese gran foco de amor a donde van las almas a purificarse de sus extravíos para salir radiantes como el sol y puras como la virtud, no se encuentra la verdad porque después de negar a Dios han negado todos los fundamentos del orden social y caído en la peor de todas las barbaries que es la barbarie ilustrada, y así mientras unos afirman la no responsabilidad de los delinquentes por suponerlos privados de libertad y conceden esa misma libertad a los ciudadanos, otros niegan radicalmente la existencia de todo lo que no sea materia viniendo a afirmar el absurdo de un todo inconsciente pero que sin embargo se va desarrollando armónicamente y primero es una masa informe, luego es la planta que vive, crece, se desarrolla y muere; más tarde es el reino animal que establece con los seres que le rodean relaciones más amplias y perfectas, pues gracias a los ór-

ganos de su cuerpo puede verlos, oírlos y tocarlos; y por último aparece el hombre, status admirable del universo entero, al que basta mirar a la frente y poner la mano sobre su corazón para comprender con cuánta razón ha dicho el cristianismo que el hombre era un ángel empequeñecido en contra del materialismo que siempre ha dicho que el hombre era un animal engrandecido.

A continuación se me presentaban los otros partidos medios, eclécticos, confusa mezcla de la afirmación católica y de la negación liberal, y me decía a mí mismo: tampoco en estos partidos se encuentra la verdad, porque en lo que tienen de liberales son falsos y premisas de las consecuencias que sacan los partidos radicales, y en lo que tienen de católicos, como separan la vida particular de la vida pública mutilan la verdad y viven en la penumbra que es el sitio donde se junta la luz con las tinieblas. Y luego veía a otros señores dignísimos, caballeros intachables, católicos fervientes, (unos no afiliados a partidos, otros militando en las extremas derechas, pero desunidos, aislados, llevando en sus almas la fe y la doctrina que puede salvar a Cartagena) pero que no la salva porque les falta la unión engendradora de la fuerza que lleva a la práctica los deseos que en el corazón se albergan. Y hastiado ya de esta visión fatigosa, desconsoladora, venía a alentarme el recuerdo de nuestras glorias pasadas, y desfilaban ante mi vista, poetas, filósofos, teólogos, literatos de nuestro siglo de oro; y mi espíritu romántico se mecía en alas de ilusión fascinadora; y cómo cuando hay mucho entusiasmo y es una realidad el deseo, el deseo entonces casi se identifica con la realidad, yo me hacía la ilusión de que se había escrito una nueva página en la historia de nuestra patria chica, y que en esa página se leían estas palabras: «Convencidos los católicos de la necesidad de una propaganda activa, se lanzaron a la lucha el 1916 al grito glorioso de «Por la Religión y por Cartagena.» (Grandes aplausos).

Situación del obrero

La misma angustiosa situación que encontramos en el orden religioso vemos también en el orden de los intereses materiales. Yo os contaré los anhelos, del pueblo cartagenero, que yo los sé porque suelo muchas veces departir con el obrero, estrechar su mano ruda, asomar plática de su vida laboriosa, de su trabajo incesante, del fiero comba-

tir por la existencia, del batallar angustioso por mantener la esposa, los hijos, la estrecha vivienda, el pan escaso, la vestimenta, siempre vieja y rota muchas veces; todos estos artículos de comer, beber y arder en cuyas necesidades gasta el obrero, sin llegar nunca a verlas satisfechas; su jornal, ese jornal que es el precio de sus sudores, de sus afanes y sus trabajos.

Y lo mismo hablando con el obrero que baja al fondo de las minas que departiendo con el que capacea en el muelle; lo mismo del albañil que del carpintero, como voz unánime, como grito angustioso, como queja fundada en la realidad, surge el desconsuelo, la desilusión.

Porque no uno, sino muchísimos hijos del pueblo confían a pobres obreros! en halagadoras promesas, en risueñas esperanzas que fueron bálsamo que alentó aquellos miembros endurecidos en el trabajo.

Y la realidad, fría, triste, la realidad que es la verdad, porque la promesa es ilusión mientras no se realiza, vino a hacer que cayeran al suelo, desalentados, aquellos robustos brazos que se alzaron pidiendo justicia.

Y el obrero que luchó, que enumbrió, que puso sus espaldas a guisa de escalera, ve ahora a sus redentores tan altos, tan a lo lejos de la miseria social, tan aristócratas, que no acierta a distinguir, por la confusión reinante, si aquellos no se han ido todavía o éstos son lo mismo que aquellos.

Y la obrera ¡cosa santa! porque es mujer y madre y pobre; la obrera que quizás arrulló a sus hijitos en la cuna con canciones en que al pequeño dijo: «cuando tú seas hombre no serás un obrero explotado como tu padre, sino obrero libre, porque ya tiene Cartagena redentor»; la obrera ¡cosa santa! porque es mujer y es madre y es pobre, besa a su pequeñuelo con lágrimas en los ojos y lo estrecha en su regazo, porque teme que aquellos bracitos tiernos serán algún día explotados por el vividor que al parecer luchaba por la libertad de Cartagena. (Sensación).

¿Por qué...?—Terribles acusaciones

Con ser tan lamentable este tristísimo cuadro de nuestra infortunada Cartagena; con ser tan amarga y desconsoladora la realidad que presenciarnos, aún hay algo que más hondamente debe preocuparnos.

Yo, señores, en estas melancólicas tardes del otoño suelo preguntarme en mis nostalgias propagandistas: ¿Por qué fue posible en Cartagena la formación de un Bloque de las izquierdas? ¿Por qué hay cartageneros que rechazan la Religión Cristiana que ha pasado por el mundo iluminando todas las sombras, enjugando todas las lágrimas, apagando todos los odios, encendiendo

castos amores, derramando dichas y bienes, alegrando todas las tristezas, endulzando todos los dolores, presentando los tipos de una belleza inmortal que el mundo ni siquiera había sospechado, como la hermosa figura de la casta doncella con su afable y seductora modestia cristiana, junto al venerable anciano que luce en su cabeza corona tegida con las hebras plateadas que el rodar de los años ha ido acumulando? ¿Por qué rechazan los hombres la Religión Cristiana, la religión de mis padres, el cristianismo bendito que ha penetrado tan profundamente en el alma española y tanto ha arraigado en su suelo que como dijo el inmortal polígrafo Menéndez y Pelayo, hablando de la Unidad Católica, no hay en España piedra ni monte que no nos hable de ella con la elocuente voz de algún santuario en ruinas? ¿Por qué rechazan los hombres la religión cristiana, el cristianismo bendito bajo cuya influencia fué mi España grande y poderosa e impuso su política a la Europa entera cuando el pendón de Castilla llevando el León hispano rogiendo a la sombra de la Cruz y agitando sus melenas entre dos campos rojos que acordaban la sangre heroica de sus hijos, cercando uno amarillo, imagen del oro y grandeza que la gloriosa tierra en sus entrañas aprisionaba, corrió triunfante por las aguas de todos los mares y los mares de todas las naciones, llegando un momento en que siendo tan grande la corona de España porque estaba formada con joyas de todos los países de la tierra paróse el sol en su carrera no habiendo noche completa en los estados españoles, pareciendo, como dijo el profundo y grandilocuente Mella en un arranque genial de celeste inspiración, que el sol aprisionado entre las garras de nuestros leones era como un óculo bendito con que Dios agradecido besaba en la frente de España y premiaba los esfuerzos titánicos de los heroicos españoles. (Gran ovación).

Bien señores; yo agradezco esos aplausos; yo estoy hondamente conmovido por estas manifestaciones de entusiasmo; pero he tomado la palabra para decir la verdad, noble y gallardamente; yo he jurado ante la Virgen de la Caridad, Patrona de esta joya del Mediterráneo, lanzar al viento la bandera de la propaganda «Por la Religión y por Cartagena» y vivir cobijado en sus pliegues y que su sombra cubra mis restos en mi tumba; por eso con profundo sentimiento, pero con acento viril, he de manifestar que los católicos cartageneros, por nuestra apatía, por nuestra desunión, por no tener espíritu de propaganda, por ceder al enemigo, sin resistir, todos los puestos y cargos públicos, somos responsables ante Dios y ante los hombres, de la triste situación que en lo religioso y en lo económico atraviesa Cartagena; de que uno de nuestros re-